

nos ha traído á una explicación fraternal. Si hay alguien que quiere dominar despóticamente, el pueblo hará que se le corte la cabeza. Se habla de dictadura y triunvirato. Esta acusación debe hacerse de un modo claro, no vagamente; yo voy á hacerla... No es á la diputación de París á la que hay que recriminar.

No disculpo ó justifico á todos sus miembros. No respondo más que de mí. Yo no soy parisién, pertenezco á una provincia hacia la cual se vuelven continuamente mis ojos llenos de cariño, y sin embargo, creo que no pertenezco á mi provincia, si no á mi patria toda entera, que aprovecha esta discusión á toda Francia. Decretemos la pena de muerte para todo el que defienda la dictadura ó el triunvirato.

Se pretende que algunos de nosotros quiere dominar á Francia; disipemos esa idea absurda poniendo pena de muerte para el que la sostenga.

Francia debe ser un todo indivisible. Debe tener unidad de representación. Los ciudadanos de Marsella deben dar la mano á los de Dunkerque. Yo pido la pena de muerte para todo el que quiera desmembrar la patria y propongo que la Convención declare que la base de todos sus acuerdos será *la unidad de representación y de ejecución*. Los austriacos recibirán llenos de coraje la noticia de esta santa armonía. Entonces, creedlo, nuestros enemigos están muertos.»

Robespierre habló en el mismo sentido. Recordando como siempre, sus grandes servicios á la libertad, aseguró que jamás en las asambleas electorales había atentado á la propiedad. Formuló claramente la sospecha de que un partido quería reducir á Francia al estado de una federación.

Notando que su discurso era acogido con frialdad, se dirigió al público de las tribunas, se humilló, se prosternó, y rechazando el dictado de adulador del pueblo, dijo que él no adulaba jamás ni al pueblo y á la divinidad.

Todo esto fué mal recibido. Pero Robespierre quedó bien por la torpeza de uno de los girondinos que le siguió en el uso de la palabra.

Barbaroux se ofreció á precisar la acusación de dictadura y afirmó que todo el mundo presentía que se quería hacer dictador á Robespierre. Atacó á la Comuna, declarando que por París mismo no tenía confianza. Por lo tanto aconsejó que se reunieran en una provincia los suplentes de la Convención, por si esta perecía en París. Anunció que Marsella enviaba doscientos caballeros todos jóvenes y de buena posición, los cuales habían recibido de sus padres caballos, armas y quinientas libras. ¡Qué cosa más peligrosa que una doble asamblea! ¡Y en medio de una guerra civil! Por otra parte nada más humillante para los parisienses que el envío de una tropa aristocrática para contenerlos ó amedrentarlos.

Desde el principio de la sesión Larouze había dicho que era preci-

so reducir á París al estado de una de tantas provincias con su parte correspondiente de influencia.

Visiblemente los representantes del Mediodía ignoraban el verdadero estado de Francia y el papel importantísimo que jugaba el principal organismo nacional. La gran villa es el foco eléctrico donde todos los demás vienen á electrizarse, á buscar chispas, á imanarse.

Toda Francia tiene que pasar por París, y cada vez que con él tiene contacto, se hace *más Francia*, por decirlo así.

Un solo diputado del Mediodía estuvo firme en medio de los dos partidos: Cambon.

Declaró en nombre de los meridionales que todos querían la unidad de la República; que si el espíritu de egoísmo y tiranía se encontraban en alguna parte era en la Comuna de París. No atacó á París, si no á la Comuna. Vergniaud evitó también la influencia de los girondinos. No atacó á la Comuna en masa ni á la diputación de París colectivamente; reconoció que en ambas partes había buenos ciudadanos como el venerable Dusaulx, el gran artista David y otros.

Atacó directamente á Robespierre; recordó que Robespierre en la noche vergonzosa del 2 al 3 de Septiembre había afirmado que existía un complot en que entraban Brissot, Vergniaud, Gaudet, Condorcet, para entregar la Francia á Brunswick. Habiéndole alguien desmentido añadió con una moderación que daba más fuerza á sus palabras: «Yo no he tenido nunca para Robespierre más que palabras de estima... todavía hoy hablo sin amargura; yo me felicitaría de que Robespierre así acusado probara plenamente que había sido calumniado.»

Había llegado para Robespierre el momento de explicar su discurso del 2 de Septiembre y sincerarse para siempre. Su adversario declaró que le creería bajo su palabra. Entonces, delante de la Convención y de Francia, debió negar lo que luego negó ya tarde, fuera del debate y en un largo discurso. No habiendo contestado á Verginand quedó manchado y manchado está para siempre.

Vergniaud recordó la espantosa circular firmada por Marat, Sergent y Panis y enviada á todas las provincias para extender por ellas las matanzas de París. Un estremecimiento de horror corrió por toda la Asamblea; pero los murmullos se convirtieron en gritos de reprobación cuando un diputado sacó del bolsillo un decreto firmado por Marat en 21 de Septiembre y publicado el 22. En él se decía que no había que esperar nada de la Convención; que era necesaria otra insurrección y que al cabo de cincuenta años de anarquía vendría la dictadura. Acababa con estas palabras significativas al día siguiente de Septiembre: «¡Oh pueblo estúpido, si tu supieras obrar!»

Cogido así dando este grito de asesinato y con las manos tintas en sangre, Marat debió quedar aterrado pero sucedió todo lo contrario. El, que siempre se había ocultado, pareció feliz de mostrarse á la luz del día; aceptó valientemente la luz y la desafió. El hombre de las tinieblas

vino á colocarse al sol sonriendo con su boca enorme y con todo el aire de decir á los que, como Madame Roland, dudaban si era un ser real: «¿Vosotros lo dudais? Pues miradlo.»

Su sola presencia en la tribuna sublevó á todo el mundo; parecía deshonrada. Aquella figura ancha y baja que apenas asomaba la cabeza; aquellas manos gruesas y grasientas que colocaba en la barandilla; aquellos ojos saltones, no parecían de un hombre, sino más bien de una hiena. «¡Abajo! ¡abajo!» se gritó. El, sin desconcertarse, dijo: «Yo tengo en esta Asamblea un gran número de enemigos...» «Todos, todos» exclamó la Convención levantándose casi en masa. Ni aun esto le turbó. Devolviendo ultraje por ultraje: «Yo os invito á tener pudor», dijo.

Marat era audaz, pero no valiente. Lo que aquí le envalentonaba es que sabía que hablaba á la vista de los suyos. La batalla estaba prevista; algunas palabras imprudentes de Barbaroux la habían anunciado la víspera.

Los maratistas advertidos habían llenado las tribunas. Compiendían que se hacía el proceso de Septiembre y el suyo. Todos los hombres comprometidos habían venido á ver si la Convención se atrevía con ellos, entrando por el castigo de Marat en las vías de la justicia. Castigado él, todos sabían que lo serían á su vez. Se les conocía en gran número por sus condiciones, oficios y domicilios. Estas gentes tenían que triunfar con Marat ó perecer con él. Su destino era el suyo. Júzguese, pues, si serían puntuales en ocupar las tribunas. Desde la noche anterior estaban á la puerta formando cola en tropel que echaba á los que eran de otro partido; si dejaban pasar á alguien era á algún obrero simple al que bien pronto convencían.

El traje estrambótico de Marat; su casaca grasienta, su cuello desnudo, hacían buen efecto en estas gentes.

No sabían todo lo que había de ambicioso en aquel descuido y de soberbio en aquella suciedad.

Marat estuvo más hábil de lo que podía esperarse. Sus palabras fueron perfectamente calculadas para las tribunas. Glorificó á Septiembre: «¿Me imputaréis como un crimen haber llevado el hacha del pueblo á herir la cabeza de los traidores? No, si vosotros la inmutarais, el pueblo os desmentiría por que, obediente á mi voz, él ha comprendido que no había otra manera de salvar la patria y, dictador por un momento, se ha desembarazado de los que le traicionaban.

Fué una grande sorpresa para la asamblea ver que las palabras de Marat eran acogidas por las tribunas con murmullos de aprobación y que Marat no estaba solo en la tribuna, si no en el pueblo.

Uno de los girondinos no pudo contener la indignación y se quiso marchar. El oficial de guardia, le dijo: «No salga usted; todas estas gentes están de su parte; y como se le condene, hoy mismo comenzará la matanza.» Marat, cada vez más orgulloso, se elevaba en la tribuna: «La dictadura, pero Danton y Robespierre no han aprobado nunca tal

idea. Esa idea es mía; no hay razón para acusar á la diputación de París; la inculpación no tendría ningun valor si no fuera porque yo soy miembro. Si, yo mismo he temido los movimientos del pueblo; he pedido que se nombre un buen ciudadano al cual se ate corto sin dejarle más autoridad que la de cortar cabezas. (Murmillos.) Si vosotros no estáis á bastante altura para comprenderme tanto peor para vosotros.» Después de haber declarado ingenuamente que deseaba un dictador y por dictador Marat, se recomendó á la benevolencia de las tribunas y mostrando su gorra grasienta y abriendo sus vestidos sucios exclamó: «¿Me acusaréis de ambición viendo mi porte?»

Reparando, sin embargo, el horror que inspiraba á la Convención, temió la votación y sostuvo que el número de su periódico, aparecido el 22, había sido escrito diez días antes; se había dado manuscrito y solo por un error se había impreso.

«Leed, dijo, el primer número de *El Republicano* y veréis los elogios que allí hago de la Convención y como deseo marchar con vosotros, con los amigos de la patria.»

Este número, que fué leído, no contenía tal cosa. Marat en él acusaba cruelmente, prometiendo no acusar. Allí se decía entre otras cosas: «Yo ahogaré mi indignación al ver la cara de los traidores. Yo oiré sin furor el relato de viejos y niños estrangulados por viles asesinos.»

Esta declamación sangrienta empezaba ridículamente por un apóstrofe de la Marsellesa:

«Amor sagrado de la patria.»

La lectura de esta pieza, nada justificante, fué seguida de una comedia lamentable que tuvo que sufrir la Convención por respeto á las tribunas que la tomaban en serio. Marat pareció enternecerse: «¡He aquí el fruto de tres años de esfuerzos y trabajos! ¡El fruto de mis vigilias y de mis sufrimientos! ¿Qué ¿acaso si mi justificación no hubiera parecido me hubierais echado al montón de los tiranos? Ese furor es indigno de hombres libres; pero yo no temo nada bajo el sol. (Aquí tiró de una pistola y se la aplicó á la frente). Declaro que si el decreto de acusación hubiera pasado me hubiera levantado la tapa de los sesos.» Muchos se rieron, otros se indignaron; aquel comediante remedó lo que habían hecho dos jóvenes marselleses que amenazaron con suicidarse si no les daban cartuchos.

Las tribunas aplaudieron; pero en la Asamblea el asco llegó al colmo; muchos llegaron á levantar el puño gritando: «A la guillotina.» El dijo: «Permaneceré entre vosotros para desafiar vuestros furros.»

La Asamblea estaba fatigada. El centro temía á las tribunas y se inclinaba á la izquierda. Un hombre de Septiembre, Tallien, pidió «que se dejen estas discusiones escandalosas, que se deje á los individuos.» Obtuvo la orden del día. Se decretó la segunda de las proposiciones de Danton: «La República francesa es una é indiscutible.» Su primera

proposición: Pena de muerte al que proponga la dictadura, no fué decretada.

Muchos creyeron que después de una crisis tan violenta, acaso conviniera una dictadura.

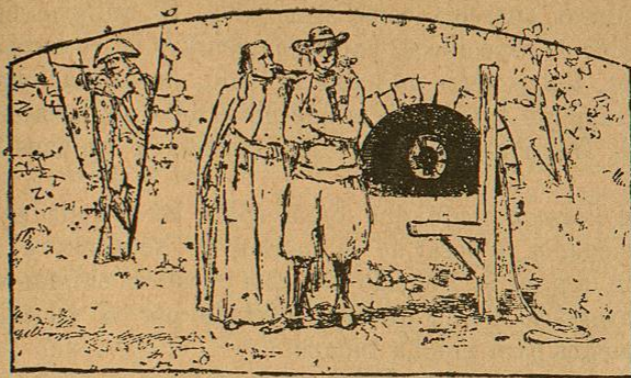
Los Girondinos habían fracasado en todos sus ataques; hasta Marat había escapado bien. Esta sesión violenta dió un gran resultado. París se conmovió.

El juicio de los hechos de Septiembre, por lo mismo que no fué hecho por la Convención, quedó más grabado en los corazones. Los adversarios de Septiembre habían fracasado en el salón de sesiones, bajo la presión de las tribunas maratistas y también por la debilidad del centro. Otra cosa fué en la masa del pueblo. Allí los Girondinos tuvieron una corona, la victoria de la humanidad.

Aquella tarde misma una diputación de la Comuna fué á la barra de la Convención, desautorizó á los enviados en su nombre á las provincias y declaró que no querían más que propagar la unión fraternal.

La Comuna llegó á decir: «Os denunciarnos á la junta de vigilancia. Ha obrado sin saberlo nosotros. Nosotros hemos depuesto á varios de sus miembros. Vosotros debéis castigarlos.» La humanidad estaba vengada, Septiembre negado y denunciado por la misma Comuna.

El 10 de Agosto y el 2 de Septiembre, ó sea la vergüenza y la gloria, no podían confundirse; la conciencia pública se había establecido sobre la base de la invariable moral eterna.



CAPITULO XX

La Gironda contra Danton (Septiembre-October 92.)

La Gironda cree ver á Danton inclinarse á la tiranía.—La Gironda, hasta entonces democrática, se apoya en la burguesía contra la dictadura.—Los Jacobinos ocupan el puesto que ocupaba la Gironda, defensora de la legalidad.—La incapacidad de los girondinos había obligado á Danton á ejercer el poder.—Los girondinos persiguen á Danton como cómplice de Septiembre.—Persiguen á Danton y la Comuna como malversadores de los caudales públicos.—Danton no puede dar cuenta de sus gastos secretos.—Como Danton había predicho, arrecia la conspiración del Oeste.—Como Danton negoció la evacuación del territorio.—Dumouriez en París.—Danton y Dumouriez quieren atraerse á la Gironda.—Últimas negociaciones de Danton con los girondinos (fin de Octubre).—La Convención en realidad no estaba dividida en las cuestiones de actualidad.

El último voto de la Convención había sido muy conveniente para ella. Había pronunciado una *orden del día* acerca de todo aquel que intentase establecer la dictadura, imponiéndole pena de muerte. Aunque la proposición estaba hecha y apoyada por los jefes de la Montaña, los individuos de aquel grupo votaron la orden del día. Chabot había pretextado el respeto al pueblo sosteniendo que la Convención no podía imponerle una forma de gobierno. Este argumento iba muy lejos. Podía llegar hasta deshacer lo hecho en 10 de Agosto y hacer ilusorio el decreto de 21 de Septiembre aboliendo la monarquía.

Los girondinos se confirmaron en la sospecha de que la Montaña quería, por medio de la anarquía como había dicho Marat, ir á la dictadura.

¿Pero Marat había dicho tal cosa? Acordaos de que en 21 de Septiembre, cuando llena de entusiasmo, la Asamblea votaba la abolición de la monarquía, un solo hombre reclamó, Bazir, furioso montañés y amigo de Danton, que dijo: «Sería de un efecto deplorable que la Asamblea decidiera en un momento de entusiasmo.»

Se había visto aparecer en la gran batalla del 25 á los tres hombres á quienes se llamaba el triunvirato de Septiembre. Pero no se les